

## MANOS

*En la bastarda "numerología" lunfarda, mano es el número cinco.*

*Su sinonimia confunde: palmo, extremidad, palma, puño, jeme, manopla.*

*Los alardes metafóricos rechinan: pedir ayuda, socorro, auxilio. No sin escasa porfía, son ellas las que nos invitan a remitir a imágenes pobladas de lugares comunes, con formas de palomas, garras, alas.*

*Tenemos siempre un dicho "a mano". Decimos, por ejemplo, "a manos llenas" por mucha cantidad. "Con las manos en la masa", al sorprender a alguien en flagrante.*

*La mano habita los extremos; abierta es señal inequívoca de paz: "estoy desarmado". Prueba irrefutable de amistad. Hecha puño, amenaza. La mano señala y acaricia.*

*Uno puede "levantar la mano"; o, mejor todavía, "tender una mano"; o "quedar a mano" -sin cosas pendientes-. "Traer algo entre manos" es especular. Manifestamos confianza cuando nos "ponemos en buenas manos". Uno puede llegar a presumir con "tener las manos libres". O aclamar a los cuatro vientos tener las "manos limpias". O considerar ser "de primera mano"; o, asustado, "quedar librado de la mano de dios". Uno puede "tener las manos atadas" o "irse con las manos vacías".*

*"Estar a un palmo" es estarse cerca; así de cerca. Aquí nomás.*

*Arracimados en la exquisita sensibilidad de las puntas de sus dedos.*

*Uno puede desentenderse y "lavarse las manos" o, desafiando a nuestra propia pereza, "poner manos a la obra".*

*Preferimos, eso sí, las cosas "hechas a mano".*

*Rodin se desvivía haciendo manos. Rilke nos lo*

*recuerda en una página brillante: "Rodin ha hecho manos, pequeñas manos sueltas que, sin formar parte del cuerpo, están vivas de todos modos. Manos que se elevan furiosas, manos cuyos cinco dedos crispados parecen ladrar como las cinco gargantas del Cerbero." Concluye diciéndonos: "Las manos tienen una historia propia, una civilización propia, una belleza especial; les concedemos el derecho de tener su propio desarrollo, sus propios deseos... y sus ocupaciones favoritas."*

*Creo que Rilke tenía razón: esas manos adquieren vida propia. Están surcadas por la pasión, la entrega, el desconsuelo, la impudicia y el anhelo. Y sabía de qué hablaba; él habitó esa casa. Lo veo aparecer, sigiloso, a las espaldas de Rodin o de Camille, para asistir a la ceremonia íntima de la aparición de las formas inmortales. Ese gesto de amor y entrega. Demos un paso al costado; desaparezcamos, por un momento, de la escena, ahora ocupada por ellas; ellas acaparan caprichosas porciones de luz y de sombras. Rilke, espectador de lujo, vio emerger aquellas manos, conoció las dudas del artista, la soledad de esos dos seres condenados a amarse, la timidez indefensa de las primeras figuras, los "lances" de la creatividad, y el último gesto, aún suspendido, todavía inconcluso, que nos anticipa el carácter inacabado de cada obra de arte.*

*Manos únicas. Señuelos. Ellas se encargan de guiarnos hacia el trabajador incansable, hacia la amante solícita, hacia aquél que compartió su mendrugo, hacia el traidor inescrupuloso, hacia el manipulador. Ellas están allí, despreocupadas del resto, perennes. Emitiendo el zumbido heroico que le hace parir libertad al cascote de piedra.*

*Pero si podemos apartar nuestra vista de ellas por un instante, veremos, desordenados por el suelo, los restos. Deberían quedarse allí para, también ellos, dar testimonio. Un manípulo de escoria, puñado insolente. Los restos del esfuerzo que nos invita a volver a empezar.*

ANTONIO CAPRIOTTI  
capriotti@arnet.com.ar